

*Barrata*

DEL ESTILO,  
De sus diversas clases,

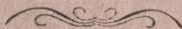
Y DE LA APLICACION DE CADA UNA

á los diferentes géneros de composicion literaria.

POR

DON NARCISO CAMPILLO.

*Catedrático por oposicion de Retórica y Poética  
y Ab. clásicos en el Instituto de Cádiz.*



CÁDIZ.

TIPOGRAFÍA DE LA MARINA

Torno de Candelaria, núm. 2.

1865.

*Ex libris Michaelis Romero Martínez*



DEL ESTILO.

DEL ESTILO,  
De sus diversas clases,

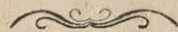
Y DE LA APLICACION DE CADA UNA

á los diferentes géneros de composicion literaria.

POR

DON NARCISO CAMPILLO.

*Catedrático por oposicion de Retórica y Poética y  
Ab. clásicos en el Instituto de Cádiz.*



CÁDIZ.

—  
TIPOGRAFÍA DE LA MARINA  
Torno de Candelaria, núm. 2.  
1865.

DEL ESTILO.

De sus diversas clases

A LA VEZ DE LA APLICACION DE CLASIFICACION

de las diferentes maneras de composicion literaria

por

DON NARCISO CAMPILLO

Catedrático por oposicion de Retórica y Poética

del Instituto de Cádiz

CADIZ

TIPOGRAFIA DE LA MARINA

Tomo de Cádiz, núm. 2.

1867

## Advertencia.

El siguiente Discurso fue escrito segun el tema y dimensiones que la Direccion de Instruccion Pública se sirvió de proponer para los ejercicios de oposiciones á las cátedras de Retórica y Poética, vacantes en los Institutos de Cádiz, las Canarias y Cabra; ejercicios verificados á fines del pasado Abril y principios del presente Mayo. El asunto es interesante, su exposicion y desarrollo, tal vez demasiado breves. Prescindo de los errores ó aciertos de este pequeño trabajo, pues á todos, menos á mi, corresponde su calificacion. Muéveme tan solo á imprimirlo, el favorable concepto con que me honran mis amigos y compañeros, pidiéndome con insistencia les permita sacar copias, y el natural deseo de ofrecerlo á mis dignos examinadores, no como obra literaria, sino como un recuerdo sincero y espontáneo de estimacion y respeto.

## Advertencia.

El presente libro es un estudio sobre el arte de escribir, y se divide en tres partes. La primera trata de la naturaleza del arte de escribir, y de la importancia de la claridad y la sencillez. La segunda trata de la elección de las palabras, y de la necesidad de evitar los errores comunes. La tercera trata de la estructura de las frases y de la importancia de la coherencia y la cohesión. Este libro es un estudio sobre el arte de escribir, y se divide en tres partes. La primera trata de la naturaleza del arte de escribir, y de la importancia de la claridad y la sencillez. La segunda trata de la elección de las palabras, y de la necesidad de evitar los errores comunes. La tercera trata de la estructura de las frases y de la importancia de la coherencia y la cohesión.

## SUMARIO.

Causa frecuente de errores.—Confusion en la teoría del estilo.—Doctrinas expuestas acerca de él por los principales autores.—Necesidad de un criterio filosófico para el estilo.—Naturaleza de este y su contenido.—Crítica de la antigua doctrina respecto del estilo.—Division filosófica de las composiciones literarias.—Qué estilo corresponde a cada una de ellas.—Libertad del estilo dentro de sus leyes.—Necesidad de esta libertad para el perfecto desarrollo del pensamiento.—Ejemplos tomados de varias literaturas.—Españoles notables por su estilo.—Conclusion.

I. Si cada autor se ocupase, no solo del pensamiento, que es la mitad del escrito, así como el alma es la mitad del hombre; sino tambien de examinar y reconocer la naturaleza de las palabras que emplea, muchos trascendentales errores, muchas interminables cuestiones, ó no habrian penetrado nunca, ó se hubieran desterrado inmediatamente del campo de la ciencia. Por que la falta de distincion de las palabras, es una de las causas más frecuentes de la oscuridad del pensamiento, y de lo oscuro nace lo erróneo: la intuicion de todos los pueblos ha simbolizado la verdad en la luz, y ni aun podemos concebir á Dios como verdad infinita, sin suponerle por este concepto claridad infinita. Debemos trabajar constante-

mente en purificar nuestras ideas; pero tambien debemos aspirar á que la palabra las encarne en su valor propio, en su significacion genuina, en su totalidad. ¿Esto es posible? Completamente, no; pues si la palabra contuviese entera la idea y nada más que la idea, dejaría de ser palabra para convertirse en la idea misma. Pero dentro de la esfera de la posibilidad, existen innumerables grados: cada uno es un paso hacia la perfeccion, por más que la perfeccion no sea realizable en la tierra. Subir por esta escala, proseguir este adelanto, es obra comun de todos los que en los diversos caminos de los conocimientos humanos, siguen las banderas de la ciencia: dia por dia, cada verdad fijada con su carácter propio y cada pensamiento que se determina con nueva precision, es una piedra más añadida al edificio. Abundantes ejemplos hay de cuántas investigaciones inútiles y erróneas ha sido causa esta oscura vaguedad del lenguaje: muchos podrian presentarse en cada círculo del saber; pero, contrayéndome á la literatura, basta recordar la obstinada y ciega lucha habida entre clásicos y románticos; cuando con respecto á la belleza, fin capital del arte, no existe verdadera oposicion entre ambas escuelas; sino que forman la continuidad del desarrollo artístico dentro de sucesivas civilizaciones. Tal tiempo, tal arte. El antiguo ideal llenaba la forma antigua; el ideal moderno, á su vez, requiere su forma propia; el uno ha sucedido al otro, así como sobre el ara pagana se ha levantado el altar del cristianismo. La oposicion real no existe entre lo clásico y lo romántico; sino entre lo bello y lo deforme; entre lo bueno y lo malo.

II. De la misma suerte, una vaguedad reprehensible en la consideracion y manera de expresar lo que debe entenderse por estilo, ha introducido en la retórica tan diversas doctrinas acerca de este punto, que hoy más que nunca se siente la ne-

cesidad imperiosa de fijarlo y esclarecerlo. Puesto que de él se trata en el presente discurso, bueno será recordar las opiniones de los principales maestros, para poder manifestar en vista de ellas lo que se me alcanza sobre este asunto. Dionisio de Halicarnasso, en el capítulo XXV. «DE LA COORDINACION DE LAS PALABRAS» distingue el estilo en tres clases: *austero, florido y medio*. Entiende por estilo austero, aquel cuyo principal carácter es presentar como de relieve el pensamiento con toda energia y firmeza, descarnándolo de lo accesorio, y no haciendo aprecio de ornato alguno. Llama estilo florido, al que, por el contrario, se ostenta lleno de adornos; y medio, al que, colocado entre ámbos, participa en menor grado de sus respectivas cualidades. En la clase primera califica por dechados á Píndaro y Esquilo, poetas, y al historiador Tucídides. En la segunda, á Hesiodo, Safo, Anacreonte, Isócrates y Eurípides; y en la tercera á Homero, Sófocles, Demóstenes, Platon y Aristóteles. «Muy extensa es preciso que sea una clase, dice Blair, para colocar en ella á Platon y Aristóteles.» Con efecto, siendo filósofos uno y otro, y continuadores ámbos del movimiento socrático en Grecia, tomaron distintas vías, no solo en cuanto al giro del pensamiento, sino tambien en la forma; así en sus obras Platon es inspirado y magnífico; mientras Aristóteles, que debe su nombre á su poderosa facultad analítica, se muestra escrutador impasible de la naturaleza, y esencialmente didáctico en sus escritos. La misma diversidad resulta comparando á Píndaro con Tucídides, y tambien al ligero Anacreonte con Safo. ¿Puede encontrarse notable semejanza entre la grandeza y pompa del cantor de los sagrados combates, cuyo propósito es encender el entusiasmo, sembrando en los ánimos el amor á la gloria, y el historiador severo, atento solo á instruir y despreciador de todo ornato? Y calificar en una misma clase de estilo á dos poetas como Anacreonte y Safo, ¿no es confundir al arroyuelo con el torrente?

III. Pasando á otros autores, Ciceron, Quintiliano, San Agustin, Cornificio y Fr. Luis de Granada en su *Rhetórica Eclesiástica*, llaman al estilo *forma* ó *figura*, y lo distinguen bajo de tres clases: *grave*, *mediano* y *sencillo*, á que el Mtro. Granada dice *sumiso*. Tambien Hugo Blair en sus *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Letras*, adopta igual division de estilos, señalando á cada uno de ellos idénticos caracteres. Los demás autores, ó hablan del estilo, sin determinar primeramente su naturaleza y diferencias, como suponiéndolas fijadas yá de una manera sólida y fuera de toda discusion, ó aceptan la doctrina establecida, sin detenerse á reflexionar si es susceptible de admitir algunas modificaciones ventajosas. Enumerarlos sería tarea prolija sobre poco vária, y más bien un alarde infructuoso de erudicion, que un medio de adelantar algo en esta materia. Se vé, pues, que la primitiva division del estilo en los retóricos antiguos, por donde los demás han modelado las suyas, es en los tres caracteres típicos, *sencillo*, *medio* y *grave*, pero no han terminado aquí las distinciones; sino que atendiendo al mayor ó menor adorno, aplicáronle diversos nombres para indicar sus diferentes grados, naciendo bajo este punto de vista, las calificaciones de *árido*, *llano*, *limpio*, *elegante* y *florido*. Considerándolo por otra parte en cuanto al giro del pensamiento, su amplificacion, la mocion de los afectos, y el enlace eufónico de los sonidos, lo llamaron *delicado*, *gracioso*, *conciso*, *mediano*, *difuso*, *sutil*, *vivo*, *enérgico*, *patético*, *vehemente*, *dulce*, *armonioso*, etc. Y como los pueblos tienen vida propia, pensamientos peculiares y fisonomía colectiva, que se reflejan en todos y en cada uno de los ramos de su literatura, examinóse bajo esta nueva faz el estilo, formando entonces tantos géneros, cuantas eran las naciones ó comarcas que por él se singularizaban. A la exuberancia de imágenes, al giro hiperbólico y fastuoso, al tono enfático del discurso, á

esa pompa opulenta y grave del oriente, dióse el nombre de estilo asiático; y por la misma razon de diversidad, hubo estilos *rodio*, *ático*, *dórico*, *lacónico*, etc. Por último, circunscribiéndose en cada literatura á aquellas individualidades más vigorosas, para designarlas segun su carácter, se dijo estilo *homérico*, *pindárico*, *demostino*, *virgiliano*, *horaciano*, *ciceroniano*, etc.

IV. Tenemos aquí el cuadro de las principales divisiones. No es todavía este el lugar de su calificacion; pues examinarlas sin establecer de antemano un criterio para ello, sería tan inútil, como pretender medir un espacio cualquiera, sin haber determinado la unidad de medida. Pero la retórica por sí misma, ¿puede suministrar este criterio? De ningun modo; la retórica es de su naturaleza preceptiva, y detrás del precepto está su razon de ser, la causa de su realidad. Cuando esta razon falta, la regla vacía permanece durante algun tiempo apoyada en la autoridad, que es muy débil fundamento en materias controvertibles, hasta desaparecer vencida para siempre por la fuerza de la demostracion. Así han ido siendo desterradas del código literario ciertas leyes, como puramente arbitrarias, ó como adecuadas tan solo á las épocas en que se dictaron. El fundamento de un precepto consiste en su conformidad con la naturaleza de las cosas, tales, cuales intrínsecamente son en sí; cuando carece de esta conformidad, pasa con las circunstancias temporales á que debió su existencia. La antigua construccion teatral, y la forma de gobierno de las repúblicas griegas, dieron margen á los coros y á las unidades de lugar y tiempo: las creencias religiosas y las ideas filosóficas entonces dominantes, determinaron carácter literario: pasadas estas influencias, pasaron tambien sus efectos: y si por muchos siglos se ven sus huellas, la explica-

cion está en la decadencia intelectual que siguió á la ruina del imperio romano. La filosofía, pues, tiene luz bastante para guiarnos por el sendero recto entre tantos opuestos rumbos; ella nos enseña que lo permanente es anterior á lo variable; que cada verdad encierra y comprende en sí manifestaciones sin número; y por tanto, que antes de dividir el estilo y aplicar cada uno de sus aspectos á cierto género de composición literaria, se debe de investigar su naturaleza, examinar su contenido, y diferenciar lo que dentro de él es constante, de lo que es variable, como sujeto á las circunstancias. Este es el procedimiento.

V. Saben todos que la palabra *estilo*, tomada del punzon con que los antiguos escribían, sigue usándose en sentido trópico para significar otra idea que la primitiva; y tan natural hallamos esta traslación, que á cada paso formamos muchas semejantes, diciendo para expresar el mérito de un escritor, pintor ó guerrero, que su pluma es admirable, que es un excelente pincel, una invencible espada. Continuando la metáfora, puede afirmarse que el estilo es el rostro del pensamiento. La facultad de pensar es innata en el hombre: como complemento de ella, tiene el poder de manifestar sus ideas: de aquí nace el lenguaje. Pero como no todos piensan con igual profundidad, con igual fuerza, ni consideran bajo la misma faz los objetos pensados, les imprimen, al manifestarlos, diversa grandeza, diferente energía y vario colorido; de aquí nace el estilo. Dejando á un lado la metáfora, y definiéndolo en sentido propio, el estilo es la manera de presentar los pensamientos. Esta definición genérica encierra en sí todas las definiciones anteriores, siendo la síntesis de todas ellas. Los autores que han dicho que el estilo es el tono, ó el colorido, ó el ornato que damos al discurso, han tomado solo una parte del estilo, por el

estilo entero; pues este no solo contiene el ornato, colorido y tono, sino otras cosas más, que son también cualidades suyas. Estas cualidades carecen de número: el error de todos los autores consiste en haber querido fijarlas una por una, cuando el pensamiento, determinándose siempre, se está reflejando ó manifestando siempre de maneras diversas y adecuadas á estas determinaciones mismas. ¿Quién puede enumerar sus infinitas fases, sus imperceptibles grados, sus medias tintas, semejantes á las de la luz en sus interminables combinaciones? Y estas mil y mil maneras de pensamiento, ¿pueden sin violencia encerrarse en un corto número de moldes preformados inflexiblemente? Imposible. De aquí proviene que los críticos muchas veces refieran á un mismo género de estilo, obras que en nada se parecen; de aquí proviene también que el sentido común, mejor encaminado por su intuición, califique algunos estilos con nombres nunca vistos en los tratados de retórica, sin que por eso dejen de ser profundamente característicos. En confirmación de lo primero, basta recordar que Diodoro de Halicarnasso, confundía, en cuanto al estilo, á Platon con Aristóteles, á Píndaro con Tucídides, y á Safo con Anacreonte: que otros críticos posteriores han incurrido en semejantes faltas, hijas de la indeterminación de las definiciones; y por último, que aun hoy mismo nos hallamos dudosos al calificar una obra cualquiera, como perteneciente á este ó al otro género de estilo, cuando no presenta una fisonomía muy pronunciada, que facilite su clasificación. Respecto á lo segundo, de ninguna prueba necesita; estamos oyendo todos los días aplicar las calificaciones de estilo *grandilocuente*, *estilo premioso*, *duro*, *pobre*, *pintoresco*, *descarnado*, *rápido* y otras muchas no menos significativas y acertadas, de que ningún preceptista se ha ocupado. Aquí me parece estar oyendo una objeción, y voy á contestarla. Me dirán: ¿acaso nada hay permanente en el estilo? ¿Dando esa



extencion ilimitada á las fases del pensamiento, y asegurando que el estilo debe de representarlo y reflejarlo exteriormente, no se destruye toda clasificacion? Respondo, que no se destruye; sino se reedifica para siempre, dejando ámplio lugar donde pueda colocarse cada individualidad en su centro propio.

VI. El estilo debe de ser considerado: 1.º en su única cualidad esencial y permanente: 2.º en sus modificaciones infinitas. Esta cualidad esencial, es la *oportunidad*; que envuelve en sí inmediatamente la bondad y la belleza. Supuesta la oportunidad como base, dentro de ella caben todos los géneros de una manera racional y armónica; así como dentro del espacio caben y giran todos los planetas con orden y concierto, sin estorbarse ni confundirse. Es tan esencial la oportunidad, que donde falta, la misma belleza se convierte en defecto: yá con depurado gusto y sana inteligencia lo hizo notar Horacio, diciendo al principio de su Arte Poética: *sed nunc non erat his locus*; expresion feliz que todos los escritores y artistas debieran de tener siempre en la memoria. Con efecto, no se puede faltar á la oportunidad, sin faltar á la bondad y á la belleza. ¿Reviso pensamientos sublimes con bajos conceptos? Desluzco su esplendor, haciéndome rastrero. ¿Pretendo enaltecer cosas vulgares con formas grandiosas? Peco de hinchado y vacío, y el apólogo de la rana que intentó igualarse en corpulencia al buey, es un ejemplo vivo de mi obra. ¿Busco la concision más allá de su justo límite? Me hago oscuro. ¿Sigo el extremo opuesto? Cáigo en lo prolijo. Horacio observó y consignó esto mismo, aunque aplicándolo á la unidad: *denique sit, quod vis, simplex dumtaxat et unum*. Creo que el principio de unidad debe de referirse más bien á la naturaleza, orden y enlace del pensamiento; mientras que la oportunidad es relativa á la manera de expresarlo, al estilo: si bien una y otra deben de ir jun-

tas y completarse mutuamente, así como van juntos y se completan el pensamiento y la forma. Asentada la oportunidad como cualidad fundamental y permanente del estilo, conviene hablar de las cualidades variables. Su mismo nombre está indicando su carácter accesorio: pueden predominar, y con efecto, predominan siempre algunas de ellas en todo buen escrito, cuando son especialmente oportunas al pensamiento del autor. Estas cualidades son: el *tono*, el *colorido*, el *adorno*, el *giro*, *armonía*, *fuerza*, *precision*, etc., segun el aspecto bajo que se considere el estilo; cada una de ellas es fundamento á su vez de nuevas cualidades, atendiendo ahora solamente á la cantidad: así, por el mayor ó menor adorno, decimos estilo *árido*, *llano*, *limpio*, *elegante* y *florido*: por la mayor ó menor vehemencia de entonacion, estilo *sencillo*, *medio* y *grave*: por la mayor ó menor fuerza, estilo *dulce*, *moderado*, *enérgico*, *impetuoso* etc., cabiendo entre una denominacion y la inmediata del mismo género, innumerables grados, que se conciben, pero que no pueden determinarse; pues el lenguaje, aun suponiéndolo culto y rico, es siempre un instrumento imperfecto de la inteligencia. Segun queda ya dicho, como cada pueblo tiene carácter propio y fisonomía colectiva, los refleja en su estilo; y tanta mayor originalidad habrá en este, cuanto más pronunciados sean aquellos. Dichas maneras de expresion llevan el nombre del pueblo mismo que las emplea, y de aquí decimos estilo *asiático*, *lacónico*, *ático*, etc. De la misma suerte, ateniéndonos á las individualidades más poderosas de una misma nacion, nacen las denominaciones de estilo *homérico*, *pinárico*, *virgiliano*, *ciceroniano*, *cervantino* etc. Y en esta parte del discurso, tal vez no sea inconveniente una observacion, hija del atento exámen de la historia y la literatura, consideradas en la doctrina íntima que encierran. Las civilizaciones, así como los hombres, tienen periodos de crecimiento, virilidad y decaden-

cia. Cuando una civilizacion concluye para dejar su puesto á otra nueva, no muere por completo en su contenido; sino que deja un remanente de ideas imperecederas, que podemos llamar humanitarias, por cuanto pertenecen y son patrimonio de la humanidad entera. Se infiltran en la civilizacion siguiente, cambian de modo, mas no de esencia, y acumulándose poco á poco, van formando la suma cada vez mayor de los conocimientos. Como el hijo que hereda á su padre, el siglo que empieza hereda al siglo que termina; acrecienta el legado con su trabajo propio, si bien encaminando sus esfuerzos hacia esta ó la otra parte, segun el ideal contemporáneo. Así, el cristianismo hereda la filosofía pagana, la limpia de sus impurezas, y pasado el período apologético, acomoda el sistema platónico para la controversia: triunfante yá de sus enemigos, deja el platónico por el aristotélico, más adecuado para la enseñanza; mientras el arte, igual en su fondo, como guardador de las condiciones eternas de la belleza, vário en sus formas, como siguiendo las corrientes de la vida, se manifiesta en Italia, en España, en Francia, en Alemania bajo el aspecto bizantino, gótico y latino compuesto; y en literatura bajo los caracteres provenzal, caballeresco, tradicional, teológico y hasta materialista, reflejando así la indecision y el génio fluctuante de la época. La unidad, sin embargo, brilla dentro de la variedad; y los tipos fundamentales de la verdad y la belleza atraviesan incólumes los siglos diversos y las más opuestas creencias. Esto mismo, bajo un punto de vista más limitado, es el secreto del estilo: constante en la oportunidad, variable en sus demás cualidades, como adaptables á tal ó cuál género de pensamiento. De la mezcla indefinida de esas mismas cualidades variables, proviene la fisonomía, siempre vária del estilo, que distingue los escritos de igual manera que á los hombres el semblante. Y siguiendo la comparacion, hay familias de estilos como hay

familias de hombres: los individuos de raza latina tienen toda una semejanza genérica en el rostro, en la estatura, en las actitudes, y también en el estilo. ¿Quién confundirá á un hijo de España, de Francia ó de Italia, con un chino ó con un indio; ni los poemas del Tasso, de Dante, ó cualquiera de los cantos españoles ó franceses, con el Mahabarat ó el Ramayana? Pero entre los miembros de una raza hay rasgos especiales que los dividen en naciones y en literaturas; y dentro de cada literatura nacional, hay escuelas, cuyo carácter típico es semejante, y dentro de las escuelas resaltan las individualidades. Ya se suba, ya se baje la escala, siempre la verdad queda la misma: y los estilos siempre son buenos, si hay en ellos oportunidad, como cualidad permanente é indestructible, por más diversas que sean sus cualidades accidentales.

VII. Ahora bien: ¿qué han hecho los antiguos dividiendo el estilo en las clases de *sencillo*, *medio* y *grave*? Tomar y examinar una parte del estilo solamente, y por ella definir el estilo entero. Tomaron el tono. Las lenguas griega y latina, mucho más perfectas en su naturaleza prosódica que las modernas, fundaban una de sus principales bellezas en la armonía: y así como la música se determina por el tono, este mismo determinó la nomenclatura del estilo, sin tener en cuenta, que otras muchas propiedades quedaban fuera de semejante division. Respecto á los demás puntos, los creo muy aceptables dentro del criterio propuesto, y nada debo añadir sobre ellos y su contenido, por ser materia harto sabida aun de aquellos que solo han saludado algun compendio de retórica.

VIII. Examinado el estilo en su propiedad esencial y en sus modificaciones, ó cualidades variables, corresponde ahora aplicarlas á los diferentes géneros de composicion literaria.

Mas como estos géneros son muchos, y la civilizacion de cada época los multiplica, combinando los elementos de que constan, justo es clasificarlos atendiendo á su primitiva fuente, no solo para proceder con órden, sino para no desvirtuar la doctrina, dando entrada á la vaguedad que de otro modo resultaría. Siendo la inteligencia, el sentimiento y la voluntad las tres facultades matrices, en que diversifica su unidad el alma humana, las obras literarias, sea cualquiera su número y los aspectos que presenten, han de referirse especialmente á la inteligencia, al sentimiento, ó á la voluntad. Estas tres potencias ó facultades, en cuanto son objeto de las tareas del escritor, originan la distincion fundamental en tres clases de obras: 1.<sup>a</sup> Las que se dirigen al entendimiento, investigando ó enseñando la verdad: 2.<sup>a</sup> Las que tienen por fin principal conmover y deleitar con la representacion de la belleza: 3.<sup>a</sup> Las que se proponen dirigir la voluntad en la prosecucion y cumplimiento del bien. Denomínase la primera clase, *didáctica ó científica*: la segunda, *poética*: la tercera, *moral, religiosa, ascética ó mística*. Es de advertir, que ninguna obra se dirige total y exclusivamente á la inteligencia, al sentimiento ó á la voluntad; pues no es posible, á no ser por abstraccion filosófica, separar de las otras cualquiera de estas tres facultades; sino que todas marchan á un fin, y la más predominante entre ellas, sirve para señalar clase á la composicion literaria. Así, en un libro didáctico, además de las rigurosas verdades y demostraciones que son su objeto, debe de haber órden en la distribucion, claridad y limpieza en el lenguaje, y aquel ornato compatible con la severidad del magisterio. En el poema, tomada esta palabra en su acepcion más extensa, vemos que la fantasía temple y modera la exhuberancia de sus imágenes, consultando con la razon: y en el tratado ascético ó místico, se emplea la inteligencia en la argumentacion, y el sentimiento poético en

los afectos y en las galas del decir, para inclinar mejor la voluntad hacia el bien. Estas tres facultades, presentes siempre en toda obra buena, muestran mejor que ningun racionio la unidad esencial del alma humana.

IX. Comprende el género didáctico los tratados magistrales, los compendios, las disertaciones académicas, las cartas y los diálogos sobre asuntos científicos, la fábula y los llamados poemas didascálicos, de que tan dignos ejemplos han dejado á nuestra admiracion, Hesiodo en su *Teogonía*, Virgilio en sus inimitables *Geórgicas*, Horacio en su *Arte Poética*, Vida y Boileau en las *suyas*, Gerónimo Fracástor, médico italiano, en su tratado de *La Síphilis*, Pope en sus *Ensayos sobre la Crítica*, y entre los españoles, el cordobes Pablo de Céspedes en su *Poema de la Pintura*, por desgracia incompleto. Teniendo los preceptos retóricos su fundamento en la naturaleza, claro es que de la naturaleza del asunto deben de provenir las reglas que lo examinen al acierto. El género didáctico es principalmente instructivo, y parece á primera vista que una misma suerte de estilo debe de serle conveniente; pero así como hay dos clases de verdades, una árida y descarnada en sí, como la matemática; otra más susceptible de ornato, como la literaria, moral, filosófica y artística; así tambien hay dos maneras de enseñanza: una casi exclusivamente consagrada al fondo, y otra que comparte su atencion entre el fondo y la forma. La primera puede llamarse *didáctica pura*, y la segunda *mixta* ó compuesta. A la didáctica pura corresponde estilo claro, sencillo, preciso y ligado con suma fuerza; que no deje laguna ó vacío entre la idea expuesta y la siguiente; sino que la transicion se prepare con experto juicio: que las palabras se examinen y pésen como el oro, para que en lo posible reflejen al entendimiento ageno la significacion y virtud con que el autor las emplea, y que,

valiéndome de esta representación material, sea el tratado científico semejante á una primorosa obra de ensambladura, ó á la máquina de un reloj, cuyas diversas piezas, relacionadas sábiamente, producen belleza y exactitud; pero separadas de su lugar, dejan de corresponder á su fin. La didáctica mixta ó compuesta se observa especialmente en los poemas de la índole ya mencionada: en ellos la verdad científica, presentada con formas agradables, se reviste de galas y riquezas poéticas, rayando alguna vez en el más brillante lirismo: propio es de ella un estilo limpio, y si puede ser, pintoresco en el mismo precepto; más elevado en las digresiones, y, sobre todo, variado y ameno, dentro de los límites de la oportunidad. En esto el más acabado modelo es Virgilio. ¿Encarga al labrador que riegue sus tierras, y le advierte que sin el trabajo nada producen? Hé aquí como lo hace:

«*Ecce supercilio clivosi tramitis undam*

*Elicit: illa cadens raucum per levia murmur*

*Saxa ciet, scatebrisque arentia temperat arca.»*

*Heu, magnum alterius frustra spectabis acervum,*

*Concussa que famem in silvis solabere quercu.»*

Por la dulce pendiente del collado ábrele paso al agua fugitiva;

ella afanosa por guijarros limpios descienda roncamente murmurando y de los campos el ardor templando.

En vano ¡ay triste! de la mies vecina

mirarás el monton, y tu indigencia consolará la sacudida encina.»

(Traducción de Sanchez.)

Síguele muy de cerca, y á veces le iguala, el insigne pintor y poeta Céspedes, como puede verse en las magníficas octavas en que describe al caballo. Boileau camina sobre la páuta de Horacio, y con frecuencia muestra desconocer la poesía, apesar de su intento de fijarle reglas. Vida y Pope son más profundos, y Gerónimo Fracástor más ameno. Es hermosa su invocación á Urania: sumamente ingeniosas y be-

llas las digresiones en que narra la invención del mercurio y del guayaco, la pintura de las cavernas subterráneas por donde corre aquel río de metal líquido, semejante á la plata; y de un tono verdaderamente épico el lugar del Canto 1, donde describe una asamblea de los dioses inmortales en el olimpo. También los exámetros en que recomienda las faenas del campo, traen un vago recuerdo de las Geórgicas. Este poema, casi desconocido, aun para los literatos, merece leerse y estudiarse.

X. Respecto á la segunda clase de composición literaria, cuyo principal objeto es, como se ha dicho, deleitar con la representación de la belleza, comprende un número extenso de obras; pues dentro de sus límites estan la epopeya, tragedia, drama, comedia, leyenda, la novela, los llamados poemas menores, como la oda, elegía, el romance, y todo escrito recreativo. Claro es que siendo en cada una de estas composiciones diferente la idea, ya por su importancia, ya por su naturaleza, y debiendo el estilo concertarse con ella para representarla fielmente, será elevado, grandioso y siempre noble en lo épico: magestuoso, conciso y rápido en la tragedia, sin descender nunca á lo llano y vulgar, como ahora proponen los que se encuentran sin fuerza para sostenerlo en toda su plenitud y vigor: fácil, sencillo y festivo en la comedia: apasionado y vario en el drama, en este hijo de la civilización moderna, que participa del génio de ambas, mezclando con infinito arte lo terrible y vehemente con lo familiar, y aun con lo ridículo tal vez, como vemos en el teatro de la vida, cuyo más natural reflejo parece; galano, elegante y fluido en la novela; enérgico ó templado en la oda, segun su asunto; limpio, castizo, vario y sentencioso en el romance; patético en la elegía... pero ¿á qué fin enumerarlos todos? La inteligencia, enaltecida con una profunda idea; el sentimiento, agitado por fuertes pasiones; la

voluntad, guiada por la mano de la virtud hacia el bien, y la lectura de los grandes modelos, hé aquí los infalibles maestros, los faros perennes y brillantes que nos llevarán á dichoso término y puerto seguro (1).

XI. En cuanto al género moral, místico ó ascético, el estilo será elocuente y persuasivo: ¿cuál es la mejor regla de persuasión? Horacio nos la dá en pocas palabras; *si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*. Aplicándola al caso presente, diré que para inspirar amor á la virtud, fundamental objeto del moralista, debe de ser este virtuoso en alto grado: el mejor consejo, la plática más grave, el discurso más lleno de santidad, se debilitan y pierden saliendo de labios impuros; al contrario, una palabra sencilla adquiere valor intrínseco y prodigiosa fuerza, cuando vá sostenida por el ejemplo. Virtud y saber son los dos polos del orador ó escritor moral y religioso. Ampliar verdades tan claras, despues de lo que tantos eminentes literatos han expuesto sobre ellas, en particular nuestro sábio Mtro. Fr. Luis de Granada en su «Rhetórica Eclesiástica,» sería tan ocioso como intentar enriquecer el océano, llevándole en tributo unas gotas de agua; fuera de que no lo permiten la índole ni la extensión de este discurso.

XII. De todo lo dicho, resalta una observación capital, y que siempre debe de tenerse en cuenta; cual es la libertad del estilo, en conformidad con las leyes generales que lo rigen. Esta libertad es á la vez el fundamento y la razón de la infini-

(1) «Lenguaje de la imaginación y de las pasiones puestas en movimiento,» han llamado algunos autores á la poesía, y aun á la elocuencia; entre ellos, el sensato crítico español Sanchez Barbero. Pudiera decirse con uno de los mayores líricos de nuestro tiempo, que «poesía es pensar alto, sentir hondo, y hablar claro;» definición más profunda de lo que á primera vista aparece.

ta diversidad de estilos, yá se distingan y dividan por épocas, por naciones, por escuelas, ó por individuos. Existiendo dentro de las leyes generales, comprueba por analogía el hecho de la variedad dentro de la unidad, base constitutiva de la belleza: y aun es una imagen bastante viva y clara del libre alvedrío humano en los límites de la Providencia. Continuando la semejanza, hallamos que así como del libre alvedrío nacen el mérito y demérito de nuestros actos morales, de la misma suerte la libertad del estilo es, en su género, causa de lo bello y lo deforme. Si cada escrito y cada acto humano estuviesen prefijados de una manera inflexible y fatal, las ideas eternas de la virtud y del bien carecerían de sentido para nosotros, cabiendo igual destino á las ideas literarias de la belleza, sublimidad, gracia, delicadeza, etc. Por otra parte, la libertad de estilo es una condición esencial para el completo desarrollo del pensamiento, en cuanto es capaz de ser manifestado. La inteligencia, además de su crecimiento natural y orgánico, tiene otro crecimiento por asimilación, en que se alimenta y nutre de las ideas ajenas, convirtiéndolas en sustancia propia: ámbos se verifican en el hombre culto. Cuán diversas en poder son las facultades morales de los hombres y qué distintos rumbos suelen tomar, nos lo demuestra la experiencia diaria. ¿Pudieran amoldarse á un tipo inflexible de estilo, perdiendo cada potencia una parte de su espontaneidad, modificando su naturaleza y desviándose de su camino propio? Imposible sería esto, aun cuando se desplegasen los mayores esfuerzos para conseguirlo. Si el estilo es el espejo del pensamiento, este quiere, y con razón, verse fielmente representado, y conocerse en su propia imagen; de donde provienen lo originalidad y la fisonomía propia de cada escritor, aun cuando muchos tomen un mismo asunto por objeto de su obra. Infinitos ejemplos pueden presentarse de esta variedad en la unidad, de esta in-

dependencia de estilo bajo de leyes genéricas: Metastasio el italiano y el español Iriarte tratan ambos didascálicamente de la música; Horacio, Vida, Boileau, Moratin y Martinez de la Rosa, de la poesía: Ojeda y Klosptoh cantan la venida de Jesucristo y el inmenso milagro de la Redencion del mundo: Virgilio y Dante describen la bajada del hombre á los reinos infernales: las crónicas religiosas de la edad media y la atrevida pluma de Goethe narran la sombría leyenda del doctor Fáusto: los populares tipos de D. Pedro de Castilla, la reina doña Isabel I, Colon, el Cid, Tenorio, Gonzalo de Córdoba, Guzman el Bueno, Hernan-Cortés y otros han dado márgen á innumerables poemas, dramas y novelas (2); y sin embargo, en cada uno de estos asuntos, y en las respectivas obras que de ellos hablan, nótese comprobada hasta la saciedad la doctrina expuesta. Dentro de un mismo pensamiento, ¡qué prodigiosa diversidad descubre y grza la inteligencia en intencion, en

(2) Entre otros, recuerdo que han tratado de *D. Pedro I de Castilla* como poetas y novelistas, además del *Romancero general*, los autores siguientes: Moreto, Duque de Rivas, Gil de Zárate, Zorrilla, Fernandez y Gonzalez, Lope de Vega, Huici, D. Solis, Espronceda, Larrañaga y Arolas.

De *Doña Isabel la Católica*, hablan casi todos los poetas españoles, al presentar un modelo cabal de esposas y de reinas.

De *Colon*, A. Lamartine, el Duque de Rivas, Rubi, Campoamor, y Luis M. de Larra.

Del *Cid*, innumerables romances españoles y canciones árabes, y además Guillen de Castro, Corneille, Trueba y la Quintana, y Bayo.

De *D. Juan Tenorio*, además del *Burlador de Sevilla* y *Convidado de Piedra*, se han escrito los poemas, dramas y novelas de Zorrilla, Fernandez y Gonzalez, Zamora, y entre los extranjeros, Moliere, Goldoni, lord Byron y Mozart, han pintado este tipo.

De *Gonzalo de Córdoba*, Arrambide y Rubi, con gran parte de los poetas españoles, que lo elogian más ó menos incidentalmente.

De *Guzman el Bueno*, Moratin, Gil de Zárate, y Ortega, en sus respectivos dramas: Lope de Vega, Montengon, y Quintana en la poesía ligera, y Posada en su ópera *L' Assedio di Tarifa*.

De *Hernan-Cortés*, Moratin en su Canto Épico *Las Naves Destruídas*, Yaca de Guzman, Laso de la Vega, Ruiz de Leon, Escoiquiz, Duque de Rivas, Escosura, Gertrudis Gomez de Avellaneda, Barrantes y Justiniano.

profundidad, en arte, en poesía; y qué varia y exhuberante riqueza en tono, en colorido, en armonía, en gala, y en todas las partes constitutivas del estilo! ¿Déjan por esto de ser la poesía y la música artes bellisimas y hermanas; la redencion de la humanidad por la muerte del Hijo de Dios, el gran prodigio de la bondad divina; la terrible descripcion de los infiernos, un vuelo arrogantísimo del génio; la historia de Fáusto un ejemplo elocuente de la naturaleza insaciable del corazon humano, que solo en Dios puede encontrar el lleno de sus aspiraciones y la suma de la felicidad? Déjan de ser tampoco severo y valiente el rey de Castilla; doña Isabel, santa y magnánima; Colon, ilustre; siempre vencedor el Cid; Tenorio, reñidor y libertino modelo Gonzalo de capitanes y caballeros; de leales Guzman, y Hernan-Cortés de aventureros y conquistadores? No; porque el fondo del asunto, es independiente de la manera particular de tratarlo. Otros ejemplos palpables y diarios nos ofrecen las *Coronas Poéticas*, hoy tan en uso entre nosotros. Motívalas comunmente un suceso memorable, como una gran victoria, la pérdida de un sujeto eminente por su saber ó virtudes; ó un deber patriótico, inspirando el elogio póstumo de un insigne génio; ó el sentimiento religioso exhalándose en himnos á la Divinidad, ú otra cosa puramente mundana y pasajera, cuyo recuerdo se intenta perpetuar con la poesía. Para citar una entre la multitud de tales obras, puede escogerse por sus particulares circunstancias la dedicada á *Giambatista Cambiaso, doge de la Serenísima República di Génova, acclamato in Arcadia col nome d' Oronte, in occasione della sua solenne incoronazione*: año de MDCCI.XXII. Tomaron parte en dicha corona numerosos ingenios de casi todas las naciones europeas, que escribieron en italiano, frances, ingles, latin y griego; en ella encontramos nueva comprobacion de lo anteriormente expuesto. Siempre la variedad en la unidad; las individualidades dentro

de su tipo superior; la libertad del estilo, desarrollándose bajo todos aspectos en conformidad con las leyes que lo rigen.

XIII. Examinada ya la naturaleza del estilo en sus cualidades permanentes y variables, fijado su criterio, establecidas sus aplicaciones á los principales géneros de composición literaria, y apoyada toda la doctrina sobre firmes raciocinios, aunque expuestos en compendio, atendido el carácter de este escrito, réstame ahora la tarea más grata para mi corazón, como español y como amante de nuestra rica literatura; cual es la de citar los esclarecidos nombres de muchos compatriotas nuestros, cuyos excelentes libros, llenos de discreto ingenio, gala en el decir, madura inteligencia y erudición portentosa, han sido los despertadores de nuestras almas en la niñez, la luz de nuestro entendimiento en la virilidad y serán hasta la muerte nuestros mejores amigos y consejeros. Porque ¿quién no recuerda, hablando de estilo, á aquellos escritores eminentes, para cuyas plumas ha sido como blanda cera dócil al pensamiento, prestándose á reflejar el más acendrado fuego religioso, la idea filosófica más profunda, el esplendor poético, y la eterna enseñanza de la historia? ¿No descuellan inmutables y firmes sobre el tiempo, así como la divina religion que pudo inspirarlas, esas obras místicas de Santa Teresa de Jesus, de los Maestros Granada, Leon, y Juan de Ayala, del tierno y patético San Juan de la Cruz, tan buen poeta como puro moralista, de Marquez, Roa, Sigüenza y Yepes? ¿Ni cómo yo, honrándome con el título de sevillano y de hijo de esta Universidad nobilísima, podré olvidar que si Sevilla ocupa tan elevado puesto en la historia literaria de nuestra nacion, tiene tambien un lugar no menos importante en nuestra historia filosófica, punto menos que desconocida hoy, mientras con tanto empeño se busca la filosofía más allá de las nieblas del Rhin, abandonan-

do la mina propia, por ir fatigosamente á beneficiar la ajena? Por que Sevilla puede y debe de ser considerada como principal asiento del platonismo en España, y aquí nacieron tan excelentes lumbreras como S. Isidro en los tiempos góticos, el incomparable Foxo Morcillo en el siglo XVI, y Perez Lopez en el siglo XVIII. Podemos contar en otros puntos de la península hombres tales como Luis Vives, el Tostado, Arias Montano, Quevedo, Suarez y Saavedra Fajardo, aun omitiendo la prolija reseña de los filósofos árabes de los reinos de Córdoba, Sevilla y Granada, entre los que descuellan Thofail, Averroes, Avenpas y Al-Gazel. Y respecto á los poetas, ¿qué estilo más delicado y ameno que el de Garcilaso, ni más grandilocuente y magestuoso que el de Herrera, cuando hace brotar de su lira las grandes armonías bíblicas, los sencillos acordes del arte antiguo, el himno de la victoria y la voz de dolor y canto de gemido, por la pérdida de un rey tan intrépido como desventurado? ¿Quién es más puro que Rioja, único exento del contagio de su época, ni más vigoroso ingenio que Cervantes, cuya ignorada cuna se disputaron siete ciudades, así como otros siete pueblos de Grecia se disputaron la de Homero? Y un Tirso, un Alarcon, un Calderon, un Moreto en lo cómico; Huerta, Cienfuegos, M. de la Rosa, y Quintana en lo trágico, y todavía en lo lírico muchos que aun viven para decoro de la poesia; ¿no merecen ser citados como ejemplos de singular belleza en el estilo? Ni hemos tenido peor estrella en cuanto á la narracion y enseñanza de la historia; de esta maestra de la vida, cuya palabra es claridad, cuyo objeto es el bien, cuyo tejido es el alma humana en sus manifestaciones sucesivas y bajo todos los aspectos de su actividad infatigable. El docto Mariana, el enérgico Mendoza, el elegante Solís, Melo, Garay, Argensola, los eruditos PP. Mohedanos, el magnífico caballero Pedro de Mejía, y en nuestros tiempos Lafuente y Rios son lumbreras en este círculo

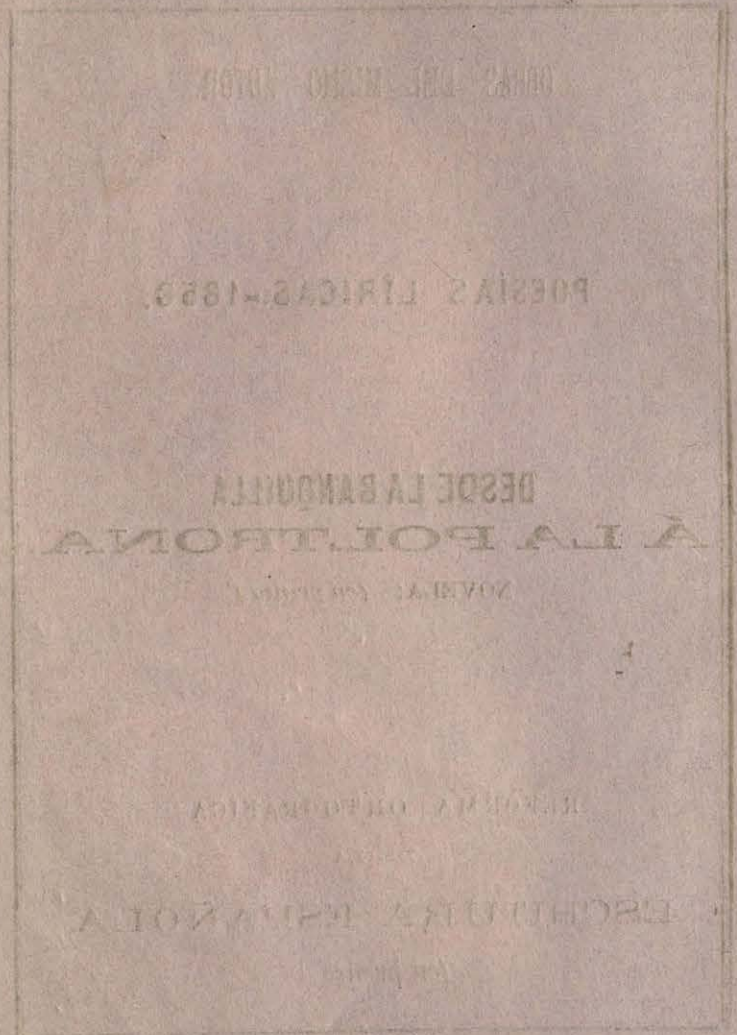
SOC  
AARL  
PN  
1044  
1.225  
1865

del saber; y el conjunto de sus obras, unido á las de los autores hispano-americanos y principalmente á las de los narradores arábigos-hispanos, desconocidos todavía por desgracia, daran origen al grande y verdadero libro de la Historia de España, que aun espera una pluma bastante poderosa para escribirlo.

Tales son, señores, la doctrina y reflexiones que ha podido sugerirme la atenta consideracion del estilo. No seré yo quien las juzgue acertadas y exentas de cualquier error; puesto que si todos, animados de un mismo espíritu, marchamos bajo las banderas de la ciencia, debo de reconocerme el último en tan gloriosa jornada: y no por esta razon me desaliento, ni desmayo; que son para mí norte seguro de acertado rumbo, y fianza del buen éxito, la suficiencia y capacidad de mis jueces, cuyos nombres estoy acostumbrado á respetar, con cuya luminosa doctrina he fortalecido y aclarado mi entendimiento, y cuyo vasto saber les proporciona tan elevado lugar en la pública enseñanza.

He dicho.

*Narciso Campillo.*





OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

POESÍAS LÍRICAS.-1858.

---

DESDE LA BANQUILLA  
Á LA POLTRONA.

NOVELA:—(*en prensa.*)

---

REFORMA ORTOGRÁFICA  
DE LA  
ESCRITURA ESPAÑOLA.

(*en prensa.*)